



EGUZKILORE

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología.
San Sebastián, N.º 4 Extraordinario. Diciembre 1991.

“Pío Baroja y el criminólogo”

• Dedicatoria	5
• M.ª Jesús Aranburu. “Aurkezpena / Presentación”	6
• Antonio Beristain. “Prólogo”	9
• José Luis Astiazarán Aristizábal. “El Baroja de Eugenio Tamayo”	13
• Augusto Maeso. “Introducción”	15
• José Angel Ascunce. “Presencias de Pío Baroja en la obra novelística de Camilo José Cela: <i>La familia de Pascual Duarte</i> ”	19
• Iñaki Beti Sáez. “ <i>Las ciegas hormigas</i> de Ramiro Pinilla: un canto a la libertad y al esfuerzo personal”	33
• Jesús M.ª Lasagabaster. “La novela de la utopía imposible: <i>Paradox, rey</i> ”	43
• Lourdes Lecuona. “La novela de los bajos fondos: Baroja y Dickens”	53
• Miguel Pelay Orozco. “Releyendo a Baroja”	67
• Roberto Pérez. “Pío Baroja y su lucha por la vida”	81
• Andrés Sorel. “Baroja y la vieja nueva lucha por la vida”	95
Acto Solemne de Clausura	103
• Antonio Beristain. “La compasión en y de Baroja guipuzcoano”	105
• Juan San Martín. “El patrimonio familiar de los Baroja”	109
• Julio Caro Baroja. “42 años junto a mi tío”	111

EGUZKILORE

Número Extraordinario. 4
 San Sebastián
 Diciembre 1991
 67 - 79

RELEYENDO A BAROJA

Miguel PELAY OROZCO

*Escritor
 San Sebastián*

Hace algún tiempo, mi amigo Raúl Guerra Garrido me telefoneó para pedirme que interviniera en un curso —este curso— que el Instituto Vasco de Criminología proyectaba llevar a cabo en nuestra ciudad.

—Bueno, pero, ¿qué pinto yo en un curso de Criminología? —le pregunté sorprendido.

—No, no; es que se trata de Baroja. Haremos una mesa redonda. Para ti es fácil —concluyó en tono persuasivo.

Hace una veintena de años Raúl y yo participamos en un acto que pudiéramos llamar de afirmación barojiana, y que tuvo lugar en los locales de la Asociación de Fomento Cultural de Rentería. Acto que, a través del tiempo transcurrido y dadas las sombrías circunstancias entonces imperantes, uno lo recuerda como un tanto resbaladizo y expuesto, entre otras razones porque, si ya el tema de la convocatoria —el solo nombre de Baroja anunciaba ominosidades— sugería posibles riesgos y deslizamientos, los aspectos que tocamos ambos aquel anochecer renteriano pudieron contribuir a agravar la situación. Sucedió que Guerra Garrido, en su intervención, enfatizó la fase inconformista y revolucionaria de don Pío, mientras yo exaltaba precisamente el ingrediente vasquista contenido en su obra. Y es bien sabido que ambas facetas, la revolucionaria y la vasquista, no resultaban precisamente las más idóneas para encajar en los hábitos “permissivos” del tiempo...

Consigno la anécdota como recordatorio de nuestra vieja vinculación barojiana. Con todo, ahora, veinte años más tarde, la inesperada petición de mi colega me produjo cierta confusión.

—Bueno, ya veremos, ya veremos... —articulé vagamente.

Días después, a la salida de un funeral por la madre de un buen amigo, que tuvo lugar en un pueblo cercano a Donostia, el propio presidente de la institución, el profesor Antonio Beristain, que había sido uno de los sacerdotes concelebrantes, me preguntó con ese tono afable que le caracteriza:

— ¿Podrás hacerme una conferencia para el Curso de Criminología que estamos preparando sobre Baroja?

¡Una conferencia! Pero, ¡cómo voy a preparar una conferencia sobre don Pío y la criminología! —exclamé.

—Eso para ti no es problema. Puedes hablar de su actitud ante la injusticia, de su rebeldía ante los abusos del poder, de su defensa de los débiles, de los oprimidos, de los marginados... De lo que quieras.

Bref, como dicen nuestros vecinos. El caso es que yo no encontré posibilidad de negarme a su petición. Y que, una vez aceptado el encargo, había que aperechugar con él.

Hay gente que cree que por haberme ocupado mucho de Baroja ha de resultarme fácil escribir de él. No hay tal. Efectivamente, una parte bastante importante de mi obra —dos libros monográficos y muchos otros que contienen amplios comentarios parciales, amén de numerosas conferencias en distintos centros culturales del País y de fuera de él (una de ellas tuvo lugar en el Ateneo de Madrid)— está consagrada a exaltar su figura, tan maltratada hace años en nuestra tierra. Por si fuera poco, señalaré que a lo largo de los años me ha tocado sostener no pocas polémicas en su defensa, y que hace treinta años, a mi regreso de América, mi primer libro publicado en Euskadi se tituló "La ruta de Baroja", y en él pedía, en aquel tiempo un tanto tenebroso del viejo régimen, una calle en Donostia para don Pío... La calle ya la tiene. Mejor dicho un hermoso paseo. Y por cierto aprovecho la oportunidad para señalar que para el padre Donosti, para el que al mismo tiempo pedía otra calle de la ciudad, ninguno de los ayuntamientos que se van sucediendo en los años que llevamos de democracia se ha dignado conceder esta merecida —yo diría *obligada*— distinción. Y cuidado que la figura de este fraile donostiarra, sabio, benemérito y humilde si los hay o los ha habido, lejos de resultar polémica, es simpática a más no poder.

Pero, a lo que iba. He hablado tanto de Baroja que, a estas alturas, no sé si me queda algo nuevo que decir. Así, pues, contra lo que pudiera parecer, esta misma y exhaustiva dedicación, en lugar de favorecerme, dificulta mis ulteriores intervenciones personales acerca del tema.

Pero, compromisos son compromisos, y el contraído con Beristain me obliga a buscar una salida más o menos decorosa. He reflexionado largo y tendido sobre ello y llego a la conclusión de que no me queda sino un solo camino: el de repasar los propios textos de don Pío, en los que tal vez encuentre aspectos y actitudes suyas que no resulten excesivamente reiterativas y que aporten, o si es posible, refuerzan esas cualidades —rebeldía ante la injusticia y ante la arbitrariedad del poder, defensa de los marginados, de los oprimidos, etcétera— sugeridas por mi admirado contratante. Advierto de antemano —y me apresuro a pedir perdón por ello— que,

apremiado por el tiempo, habré de saltarme a la torera el orden que el más tolerante de los preceptistas señalaría como ineludible. De modo que más de una vez tocaré y dejaré de tocar un mismo tema, para volver a insistir en él. Lo que —quiere creerlo—, además de constituir una novedad para el oyente, quizá le proporcione una mayor complacencia, al encontrarse con una inesperada especie de *poupurri*. Procedimiento muy contrastado, naturalmente, en el ámbito musical, pero absolutamente inédito en el literario...

Hay un incidente en la vida de Pío Baroja, revelador de su aprecio por los débiles, por los indefensos. Es un incidente nimio si se quiere, pero que tuvo su repercusión. Don Pío tenía un perro llamado “Yock”, que por cierto ha pasado un poco a la historia, ya que el propio Azorín, es decir, uno de los escritores más brillantes de la época, le dedicó todo un artículo en el periódico “Ahora” de Madrid. Según Baroja, “Yock” era muy cariñoso y gustaba de hacer sus gracias, una de las cuales consistía en ponerse de pie ante las visitas. Cuenta don Pío que cierto día que Valle-Inclán fue a visitarle a su casa, el perro hizo su número ante él. “Muy bien, muy bien, ahora vete”, le dijo don Pío y el chucho obedeció y se alejó un poco, echándose en el suelo como avergonzado. Al poco rato surgió una pequeña discusión y don Pío, para aclarar la cuestión se subió a una silla medio coja que había en el despacho, con objeto de alcanzar algún libro que tenía en lo alto de una estantería y, al no encontrarlo de primeras, volvió maquinalmente la cabeza y pudo vez que “Yock” se había puesto nuevamente de pie delante de Valle-Inclán y que éste le daba un puntapié en el hocico, alejándose el perro gimiendo. Don Pío confiesa que estuvo a punto de insultarle y que a duras penas pudo contenerse. Sin embargo, desistió de seguir buscando el libro y, alegando que tenía que trabajar, puso fin abruptamente, tanto al asunto debatido, como a la visita de su colega. Este incidente lo contaba don Pío cuarenta años después de sucedido y aún no se le había disipado su cólera. Y aunque ambos continuaron tratándose durante muchos años, siempre miró a Valle-Inclán con poca simpatía.

No sé si resultará muy adecuada esta anécdota, tratándose de un perro, para legitimar la sempiterna actitud de Baroja en favor del indefenso, pero yo, que soy amante de los animales, la inscribo como tal.

Otra condición de don Pío ha sido siempre la del rigor, tanto en el respeto a la veracidad de los acontecimientos como en el de los datos en que pudieran apoyarse. Esto creo que se advierte incluso en sus novelas de carácter histórico. Un detalle de esta tendencia exagerada hacia la precisión y la exactitud está en la objeción que hace a José María Salaverría, a propósito de un comentario de éste sobre él, y en el que se habla de “la rue de la Seine” y de “la rue de Napoleón”. Don Pío le sale al paso indicándole que en París no hay rue de la Seine sino rue de Seine y que tampoco hay rue de Napoleón, sino de Bonaparte. Y a continuación, curándose un poco en salud, añade que alguien podrá pensar qué importancia tiene un distinguo tan nimio. Ninguna, se apresura a decir don Pío. Pero también afirma que hay que hablar de las cosas con exactitud, porque, si lo que no tiene importancia tampoco tiene exactitud, entonces no vale la pena de señalarlo.

Para Baroja existen tres tipos de moral: uno, el corriente, es decir, el del hombre egoísta con el hombre egoísta, el del ojo por ojo, diente por diente, que aparece

reflejado en los códigos; otro, el de la moral caballeresca, la del *gentleman*, de signo más bien estético; y el tercero, el de la moral del santo, basada principalmente en la caridad y la piedad. Don Pío piensa que él no llega más que a la moral del caballero, si bien hace constar su admiración por la que se apoya en los sentimientos caritativos y piadosos. Pero uno cree que aquí se equivoca nuestro admirado *maisu*, pues la adscripción que le corresponde —sin pretender otorgarle visos de santidad, naturalmente— es la que se desprende de su simpatía y de su posicionamiento en favor de los débiles, de los vencidos, de los humildes, de los humillados.

Dato mínimo, pero corroborativo de este que digo, lo tenemos por ejemplo, en el episodio que cuenta el propio don Pío, relacionado con cierta tertulia que solía funcionar en San Sebastián en el primer tercio del siglo, y en la que, al parecer, Grandmontagne, cuyo ascendiente le venía de ostentar la corresponsalía de un rotativo argentino muy importante en el tiempo y con atribuciones para elegir colaboradores y pagarles bien, ejercía una especie de “jefatura” en tertulias y reuniones, un tanto tiránica. En la ocasión de marras, por una pequeña interrupción, Grandmontagne zahirió con acritud a un contertulio donostiarra, momento en que don Pío se levantó aparatosamente de su asiento, diciendo: “Señores, muy buenas tardes”. Y se largó.

Sigamos adelante. En alguna parte de sus memorias se lamenta don Pío de la hipocresía de los políticos y dice que de la parte baja y enferma de la Humanidad nadie se ha ocupado jamás.

El agudo espíritu crítico de Baroja le hizo discrepar, incluso en la fase más radical de su juventud, del anarquismo que pudiéramos llamar —con riesgo de incurrir en una definición ambigua y poco definitiva— “oficial”. Decía don Pío que el anarquismo teórico, partiendo —o compartiéndolo *malgré lui*— del juicio de Juan Jacobo Rousseau, sostenía que el hombre nace bueno y que es la sociedad, con sus condicionamientos, sus limitaciones y sus códigos represivos, la que lo malea y corrompe. Baroja, “por instinto y por experiencia” según su propia confesión, estaba convencido de que el hombre era un animal dañino desde la cuna y que continuaba siéndolo durante todo el curso de su vida. Idea poco optimista que recordaría al “*homo homini lupus*” atribuido a Plauto, pero que en todo caso haría imposible su adscripción al mundo de la acracia estatuida y actuante.

Fuera de algunos escarceos en su juventud, en los que incluso se asomó un poco al campo de la política, Baroja se manifestó a lo largo de su vida como rotundamente apolítico. Solía decir que él estaba del lado de la lucha del individuo en contra del Estado. Su individualismo lo proclamaba siempre que se le presentaba la oportunidad. Una vez dijo que sentía más simpatía por lo cercano y por lo que tiene un aire específico, que por lo universal y ecuménico. Tenía muy mala opinión de los políticos, a los que veía como tipos mediocres, histriones y retóricos, receptores y emisores de un almacén de vulgaridades y de lugares comunes. También pensaba que el Gobierno que no hace nada es el mejor. Individualista acérrimo, sentía antipatía por todo lo colectivo, señalando con énfasis que prefería tener la moral de un perro vagabundo, antes que la del perro de jauría.

En ese viejo contencioso que ha enfrentado siempre en nuestro país a políticos y literatos, Baroja se muestra decididamente del lado de éstos, sin dejar de recono-

cer que tienen sus taras. Indica que es absurdo buscar en el escritor a un ser completamente normal, dado que se trata de alguien que empieza por dedicarse a actividades tan poco productivas y gratificantes como lo son la literatura y la filosofía. Según él, en el gremio abundaría la gente inadaptada y se darían muchos casos de comportamiento social absurdo e incómodo. Pero le irritan la vidriosidad y el desdén del político hacia el escritor. “Ya se comprende —dice don Pío— que a las gentes políticas no se les va a obligar que presten atención a los escritores; pero si no prestan atención, ¿para qué se permiten opinar?”.

En opinión del *maisu* de Itzea, el escritor ha de limitarse a escribir y si el político encuentra en su obra algo interesante o positivo, debe aprovecharlo. “Claro que para esto —apostilla don Pío con su característica causticidad— es necesario saber leer, y nuestros políticos, si es que han sabido leer, han practicado poco este ejercicio”.

Con relación al País Vasco, Baroja se sentía fuertemente atraído por el campo. Las ciudades, en el mejor de los casos, no le decían nada. Nada que tuviera sabor vasco, se entiende. Opinaba que en nuestro campo, en nuestras aldeas y pueblos pequeños, existía, junto con los vestigios de una vieja cultura, un sedimento de aristocracia instintiva y rural de signo vagamente racial. Con todo esto simpatizaba, en contraposición con el aristocratismo de Bilbao y de San Sebastián, que se le antojaba de importación y al que calificaba de desvergonzado y propio de advenedizos y rastacueros.

Cuando Broca realizó su famoso estudio sobre unos cráneos vascos procedentes del cementerio de Zarautz y se encontró con que eran de un tipo ario muy puro —tal fue la consideración a la que llegó— y dotados de una capacidad craneal superior a la de los parisienses, su, digamos “hallazgo”, pareció alarmarle. Tanto, que llegó a advertir a sus lectores que no por ello debían deducir que los vascos fueran más inteligentes que las gentes de París. Baroja se preguntaba a santo de qué venía el hacer semejante advertencia, y añadía que la misión del científico era la de registrar el hecho y, si le era posible, esclarecerlo. Pero que el adoptar una posición patriótica o política en un caso como aquél, se le antojaba algo absurdo y ridículo.

Baroja empleaba indistintamente los términos raza y etnia, en tanto que don Joxe Miguel Barandiaran ha optado siempre por la voz etnia, quizá por considerarla menos “agresiva”, por así decir.

Es el caso que la palabra etnia no aparece en el diccionario, por lo menos en los que yo tengo en casa. Aparece el adjetivo “étnico”, pero etnia, no. Ello le da a uno libertad para emitir, quizá con algún descaro, su propio punto de vista en relación con los dos vocablos, raza y etnia. A la voz raza yo le atribuiría un sentido más bien —y permítaseme la aspereza del adjetivo— zoológico, mientras que el término etnia —que ya es hora de que lo incorporen a nuestro lexicón (si es que no lo han hecho estos últimos años)— presentaría connotaciones culturales, sociológicas, históricas y especialmente lingüísticas. Resumiendo: la raza sería un concepto físico que se hereda de los genes, en tanto que la etnia dependería de la evolución y del pensamiento.

Yo he imaginado muchas veces —y vaya mi relación por vía de ejemplo— que si al fallecido *aizkolari* Luxia le hubiesen puesto, junto con otros noventa y nueve

hombres de su misma edad y procedentes de otros países, vestidos todos ellos con una túnica igual, y me hubieran preguntado si era capaz de adivinar quién de entre aquel centenar de tipos era vasco, señalando al *gizon* de Azkoitia habría respondido con absoluta seguridad y sin ningún temor a equivocarme: “Este es”. No hubiera necesitado basarme en estudios antropométricos, ni en deducciones craneales, ni en investigaciones hematológicas (factor Rh negativo), etcétera. Creo que los que entre ustedes hayan conocido a aquel famoso *aizkolari* estarán de acuerdo conmigo. Bien. A esto es a lo que yo distinguiría por “raza”. A las tradiciones ancestrales, a las viejas creencias, a los ritos, a las leyendas, a los genios mitológicos y a la facultad que puede llegar a tener un pueblo —y a esto daba mucha importancia don Joxe Miguel Barandiaran— de infundir a cosas comunes compartidas con otras colectividades humanas, un rasgo peculiar y afirmativo; a todo esto, digo, a todo lo que va comprendido en una vieja cultura, lo llamaría “etnia”.

Baroja dedicó mucha atención a esta cuestión de las razas en general y de la vasca en particular, y aunque utilizaba los dos términos, raza y etnia, indistintamente, sabía perfectamente que eran conceptos distintos. Incluso dejó dicho que la raza debía de tener alguna relación con el carácter de la cultura y con el idioma, pero que esta relación científica no se había confirmado. En un comentario que hizo a propósito de la dificultad que existía en Europa, en lo que se refiere a los productos de la inteligencia, de distinguir lo que era judío de lo que no lo era, puso el ejemplo de Heine, que siendo judío lo tomaban por alemán. Decía, además, que entre los antropólogos europeos empezaba a abrirse paso la idea de que los semitas y los arios procedían de un tronco común. Y, como quien no quiere la cosa, añadía esta apostilla que transcribo textualmente: “Los europeos que no somos una cosa ni otra somos los vascos, los etruscos y los fineses, quizá más parientes de los paleolíticos”. Como ven, don Pío no adoptaba una posición neutra al expresar su punto de vista, sino que se incluyó categóricamente en el gentilicio. “Somos”, es lo que dijo.

A propósito de esa mención de los fineses que hace don Pío, el profesor Aranzadi, en su obra “El pueblo euskalduna”, publicada en 1889, apuntaba como conclusión provisional, la tesis de que el “actual pueblo vascongado” —es decir, el de hace un siglo— venía a ser el resultado de la unión de “un pueblo ibero, afín al barberisco, y un boreal, que tiene algo de finés y del lapón, con mezcla posterior de un pueblo kimri o germano”.

Yo pensaba si esa conclusión que don Telesforo consideró entonces provisional, no habría sido ya superada u olvidada, pero durante un viaje que realicé por el Norte de Europa hace más de veinte años, en compañía de mi querido amigo Antonio María Labayen, recuerdo que en Helsinki, en una visita colectiva a la ciudad, la guía que nos acompañaba en el autocar, una señora muy amable y locuaz, al dar una explicación somera sobre lo que era y lo que representaba Finlandia en el área de la cultura y del deporte, hablando del idioma finés, dijo que no tenía parentesco con ninguna otra lengua. Pero, enseguida se corrigió, diciendo: “Bueno, hay un idioma europeo con el que sí estamos emparentados: el vasco. Y nos sentimos orgullosos por ello”.

Al margen del piropo de aquella simpática finlandesa, yo recordé inmediatamente la vieja mención de don Telesforo Aranzadi.

Esa relación de un nivel de cultura o de conocimientos con una determinada raza, que parecía preocupar a Broca, don Pío la rechaza de plano. Decía que no podía afirmarse, observando una calavera, si era de un pueblo agricultor o pastor, que adoraba al sol o a la luna. Y que tampoco podía inferirse, conociendo un pueblo, que este pueblo tuviera un tipo de raza determinada y una clase de cabeza especial.

También señalaba Baroja que los filólogos habían pretendido clasificar las razas por los idiomas, pero encontraba que esto tenía aún menos base y menos seguridad que las clasificaciones de tipo zoológico. Para él, la ecuación raza, cultura y lengua, no solamente no estaba resuelta, sino que no tenía aire de poderse resolver.

Don Pío decía que los elementos lingüísticos sólo tenían valor en la filología y en la lengua; los culturales, en la Historia y en la Prehistoria, y los étnicos y los zoológicos, en la antropología. Aceptaba que físicamente —y ello legitima mi ejemplo del *aizkolari* Luxia—, examinando el cabello, el color, la estatura y la osamenta de un italiano, de un portugués, de un griego o de un español, podía inferirse que se parecían muy poco a un escandinavo o a un ruso.

Esta cuestión de las razas, que siempre ha venido siendo un poco vidriosa, pues todo el mundo quiere colocarse una etiqueta superior a la del vecino, a partir de la II Guerra Mundial, con las atrocidades de los nazis, se ha convertido en tabú. Hasta la palabra se ha obviado. Y, por supuesto, ni que decir tiene que el racismo de Baroja, si es que se le puede calificar de tal, es un racismo “incruento”, que nada tiene que ver con el que propulsó el hitlerismo. Ni tampoco con el derivado de la teoría del arianismo, elaborada e impulsada a lo largo del pasado siglo, por el conde de Gobineau, Vacher de Lapouge, Chamberlain (Houston Stewart, no debe confundirse con el político Neville) y algunos otros pensadores y antropólogos germanistas y que, de alguna manera, sirvió de base para la ulterior y delirante ideología de los nazis. Con los primeros, discrepa don Pío en puntos muy importantes y puntuales. Con los fanáticos seguidores de Hitler, en todos.

Baroja no cree ni en la igualdad de todas las razas que, según apunta, vendría a ser lo simpático y lo deseable, ni en la superioridad de una de ellas sobre las demás, como lo pretendían los arianistas decimonónicos y sus feroces epígonos de este siglo que está a punto de concluir. Cree, sencillamente, en la variedad, en la diversidad de las razas humanas. Y, naturalmente, se abstiene de imprimir un carácter contencioso o agresivo a su punto de vista. Y cuando recurre a él, es para oponer esa idea del racismo vasco de signo rural y basado en la hidalguía, al que emana de la prepotencia de ciertos aristócratas encumbrados y displicentes. Como quedó de manifiesto en el famoso episodio de Cestona con el padre Coloma.

Recién concluida la carrera y enterado de que estaba vacante una plaza de médico titular en Cestona, Baroja decidió solicitarla y como no se presentó nadie más, naturalmente le fue concedida.

Por cierto que fue durante su estancia en la villa balnearia donde don Pío comenzó a escribir, sin duda para entretenerse durante las horas de ocio. Y allí, en el cuaderno de las igualas, fue redactando uno a uno casi todos los cuentos y es-

tampas que luego verían la luz agavillados en un precioso volumen intitulado “Vidas sombrías”.

Pero, en lugar de explicarles el incidente con el Padre Coloma a que he hecho alusión, voy a transcribirles textualmente la versión que nos da el propio don Pío medio siglo después de sucedido. Héla aquí:

“Yo no solía ir al balneario casi nunca —empieza diciendo—. Los dueños eran carlistas. El otro médico también lo era, y estaba en los baños durante el verano casi siempre”.

“No me era simpático aquel ambiente, y acaso contribuyó a aumentar mi antipatía un encuentro poco cordial que tuve con el padre Coloma”.

“Díaz el médico, me presentó al padre jesuita con unos elogios un poco irónicos sobre mi carácter arisco y poco social y mis ideas levantiscas, que no podían ser agradables para el autor de “Pequeñeces”.

“El jesuita no estuvo amable conmigo y yo imité su actitud”.

“El padre Coloma era un tipo de judío. Había en Aragón unos Coloma que eran una familia de judíos conversos. Entre la aristocracia española ha habido, evidentemente, mucho elemento judío”.

“Se habló después de la gente que estaba en el balneario, y no sé quién dijo aristocracia vascongada, refiriéndose a la condesa de Guaqui, pariente de la familia Narros”.

“—Realmente, yo creo que no se puede decir aristocracia vascongada —indiqué yo—. Guaqui debe de ser un lugar de América, y Narros tampoco es de aquí”.

“—Ya se sabe que entre los vascongados no ha habido nunca aristocracia —dijo Coloma con desdén”.

“—A mí no me duele nada eso —contesté—. Yo, de creer en algo aristocrático, creería en la aristocracia de la raza y en la de la inteligencia; pero pensar que el cuarto abuelo de uno le hubiera puesto una vez los calzoncillos o la casaca a un rey, no me produciría ningún entusiasmo”.

“El padre Coloma me miró de reojo, y luego volvió la espalda”.

La salida del entonces muy joven Baroja, ante un escritor que le doblaba en edad, y por añadidura, famoso, como lo era Coloma, revela su sempiterna actitud en defensa de cuanto veía desdeñado y humillado. Ya se tratara de un hombre, de un país o, como hemos visto antes, de un simple perro. Pero yo diría que en el fondo revela también ese mismo orgullo oculto y de origen probablemente campesino que latía en nuestra pequeña comunidad y que brotaba en cuanto surgía una ofensa o un desaire. Y al decir esto, estoy recordando asimismo la famosa frase que el abate hazpandarra Iharce de Bidassouet dio a conocer hace un par de siglos, frase con la que un vasco contestó a la impertinencia que le espetó un altivo aristócrata de la época queriendo poner fin con ella a una discusión que mantenían ambos. El aristócrata le dijo al vasco que los Montmorency databan del siglo tantos (no re-

cuerdo ahora con exactitud el lejano siglo al que se refería), y el vasco, sin inmutarse, le respondió: “Bien; pero los vascos no datamos”. Vemos, pues, que como en el choque de Baroja con Coloma, el concepto hidalguesco de una raza oscura y campesina se opone frontalmente al de una nobleza opulenta y prepotente. Y esta misma conciencia hidalguesca se advierte en el pasado del Quijote, en el que el caballero manchego niega al Vizcaíno su condición de tal, y el Vizcaíno, que en la obra no pasa de ser un simple escudero, se encoleriza: “¡Yo no caballero! — exclama en la absurda jerigonza sintáctica que le asigna Cervantes— “¡Yo no caballero! Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas; vizcaino por tierra, hidalgo por mar...”, etcétera, etc. ¿Recuerdan el pasaje? Quiere decirse que su mera condición de vizcaíno o de vasco, garantizaba cumplidamente su hidalguía. Y finalmente, dejando de lado el libro inmortal, tendríamos también otro testimonio, éste histórico, del aristocratismo singular de los antiguos vascos, cuando el tremendo Lope de Aguirre, en circunstancias ciertamente patéticas, invoca su condición de cristiano viejo y de hijodalgo vascongado..

Baroja se sintió muy atraído por el mundo del crimen. Fue lector del Lombroso, de Poe y de Conan Doyle. De Lombroso decía que sus afirmaciones tenían cierta base, pero no completa, y que en cuanto se le analizaba con detenimiento, aparecían las fallas, los disimulos y los ejemplos poco concluyentes, cuando no falsos. El criminalista veneciano afirmaba que en los pueblos del Sur surgían más genios que en el Norte, y como ejemplo, señalaba que Barcelona no había producido genios y, en cambio, Sevilla, sí, y entre ellos Cervantes. Ante la “exactitud” del dato —ya hemos mencionado la implacabilidad de don Pío por todo lo que supusiera inexactitud y falta de rigor —decía que no quedaba otro remedio que echar a correr. Indicaba también que de la ciencia de Lombroso y de sus epígonos no salió nada en limpio, como tampoco salió del hipnotismo de la escuela de Nancy. Don Pío establecía cierto paralelismo entre las aportaciones de Lombroso y las de Freud. Decía que ambas presentaban aspectos interesantes, pero que ni de una ni de otra podía desprenderse lo que se dice un cuerpo de doctrina, como parecían pretenderlo sus seguidores. No obstante, admitía que de Lombroso y de los criminalistas italianos habían quedado algunas cosas de interés.

Baroja prestó mucha atención a los crímenes cometidos en el tiempo. Por ejemplo, al proceso de Pranzini, personaje que había matado a tres mujeres en la avenida Montaigne de París; al de Pardo, con otra mujer degollada; al de Eyraud y su colaboradora Gabriela Bompard, que asesinaron a un procurador; al del “destripador de Borgoña”, Vacher, cuyo verdugo, al guillotinarle, fue ovacionado con entusiasmo por el público. Baroja decía que esa especie de curiosidad morbosa por los crímenes culminó con el celeberrimo Landrú, y que después fue decayendo. Otro crimen famoso de la época fue el del “destripador de Londres”, que mató a una porción de mujeres, al parecer prostitutas, en el barrio de Whitechapel. A principios de siglo, ya con más de treinta años cumplidos, don Pío hizo su primer viaje a Londres. Fue solo y, como caminante empedernido que era —recuérdense sus excursiones con su hermano Ricardo y Ciro Bayo por tierras de Castilla y de Extremadura, y sus frecuentes caminatas hasta el extrarradio de Madrid, narradas en algunos de

sus libros—, desde el primer día se dedicó a ir conociendo la ciudad de la niebla, como se dice ahora, “pateándola”. Su primera visita fue al río. Explica don Pío que el Támesis, entre cendales de niebla, con sus aguas amarillentas y los bultos, barricas, tablones, etcétera que navegaban arrastrados por la corriente, le produjo una impresión extraordinaria. Curioso como todos los escritores de raza, fue adentrándose después en otros barrios, como el de Wapping, entonces siempre fangoso con sus callejuelas siniestras y sus barracas cochambrosas. Whitechapel, cuando lo recorrió Baroja en aquel primer viaje a Londres, debía de ser un barrio tenebroso, con sus callejuelas irregulares, sus casas pobres y destartaladas y el recuerdo, todavía reciente, de “Jack el Destripador”, cuyos crímenes, por su carácter misterioso y brutal, se hicieron famosos en todo el mundo. Don Pío describió el barrio como inquietante, con sus tabernas y fogones sórdidos en los que entraban y salían tipos patibularios y mujeres de aire abyecto y desgarrado, de aquellas que el “Destripador” fue convirtiendo en sus víctimas. Los crímenes de Whitechapel no llegaron a aclararse jamás. Ultimamente, es decir, un siglo largo después de cometidos, el cinematógrafo ha lanzado al mercado varias películas con diversas versiones sobre la personalidad del asesino, pero la cosa no ha pasado de ahí. Probablemente, el “Destripador” sería, psicológicamente, un tipo desequilibrado, una especie de iluminado o de maníaco sexual, decidido a terminar con la inmoralidad del barrio de un modo expeditivo. Pero, eso sí: solamente atacó a mujeres.

En alguno de estos sombríos barrios londinenses, a la puerta de una taberna, don Pío pudo escuchar a los miembros de la *Salvation Army*, con sus vistosos uniformes y su correspondiente estandarte, entonando cánticos místicos acompañándose con ruidosos instrumentos de viento y de percusión.

Habla luego don Pío de la aparición de los atentados anarquistas en París y dice que la gente conceptuaba al crimen político o ideológico como merecedor de un castigo superior al del crimen individual. De tal manera que en Francia, Ravachol, por ejemplo, que fue un famoso anarquista del tiempo, debía recibir un castigo más riguroso que Pranzini o Prado, ambos como ha quedado constatado, asesinos de mujeres. Don Pío se opone a esta manera de pensar y arguye que el crimen político debe tener atenuantes respecto del crimen individual o corriente.

También se ocupó Baroja de algunos crímenes famosos ocurridos en España, como el de la calle Fuencarral; el de la calle de la Justa (que actualmente debe de llamarse de Constantino Rodríguez); el de Don Benito; el del Huerto del Francés; el del capitán Sánchez, que tras de matar a su víctima la descuartizó, emparedando sus restos entre dos tabiques, y el de Gádor, en el que se involucraba al famoso “Sacamantecas” o a algún epígono de los que emergieron en el tiempo.

En el epílogo de su célebre “Juventud, egolatría”, que vio la luz en septiembre de 1917, es decir, a raíz de la famosa huelga revolucionaria, cuenta Baroja cómo tuvo que ir una tarde a San Sebastián en el tranvía de la frontera, para comprar papel, y que coincidió en el viaje con un grupo de policías ruidosos, aficionados a los toros y admiradores de Cierva y de Maura. Ni que decir tiene que ni los policías, ni sus aficiones tauromáquicas, ni sus admiraciones políticas, ni sus conversaciones en voz alta y salpicadas de vulgaridades, despertaban la simpatía del *maisú*

por lo que puede decirse que hizo todo el trayecto molesto y malhumorado. Un par de horas después emprendió el viaje de regreso, también en el “Topo”, y en su mismo vagón viajaba una familia madrileña. Pero dejemos que sea el propio don Pío quien nos la describa y quien termine de comentar el lance: “El padre, un señor flaco, cetrino y avinagrado; la madre, una mujer morena, de ojos negros, gorda, llena de joyas y con un color blanco brillante como el de las bujías esteéricas; una hija de quince a veinte años, bonita, con un novio teniente, y otra de doce a catorce, flaca, avispada como la estampa de la golosina. El padre, que leía un periódico, dijo de pronto: “No va a haber castigos serios. Lo estoy viendo. Ya se empiezan a pedir indultos para los revolucionarios. Ya está el Gobierno dispuesto a no hacer nada”. “Debían matarlos a todos —saltó la novia del teniente—. ¡Disparar contra la tropa! ¡Qué bandidos!”. “¡Y luego teniendo un rey como tenemos! —exclamó la señora gorda, la del color de la parafina de las bujías, con aire lastimero—. ¡Nos han reventado el veraneo! Sí, yo creo que debían matarlos a todos.

—Y no sólo a ellos —saltó el padre—, sino a los que los dirigen; a los que escriben, a los que tiran la piedra y esconden la mano...

Al llegar a mi casa he encontrado las últimas pruebas de imprenta de mi libro y he comenzado a leerlas.

Todavía sonaban en mis oídos las frases de la familia madrileña: “Debían matarlos a todos”.

“Quiera uno o no lo quiera —pensé— es uno enemigo de esa gente, como esa gente es enemiga de uno. No hay duda”.

Ahora, al leer las pruebas de mi libro, me parece poco estridente y me gustaría que fuera más violento, más antiburgués.

Ya no oigo la voz de la prudencia, que hace días iba siguiéndome, una palinodia en complicidad con la mañana romántica de niebla.

Vuelve un poco en mí el deseo de lucha y de aventura. El puerto me parece triste. La tranquilidad y la seguridad, despreciables.

—¡Eh, grumete! ¡Larga la vela! ¡Pon en el mástil de nuestro pequeño falucho la bandera roja revolucionaria y vamos a lanzarnos al mar!...”

Hasta aquí don Pío que, una vez más tomaba partido por los vencidos. Se me argüirá, tal vez, que siempre se inclinaba por el mismo bando, por el bando de los agitadores en contra del de los conservadores. En lenguaje actual, por los progres en contra de los reaccionarios. Pero no es así. Al menos, no lo ha sido en todos los casos.

En los años 30, durante la República y con la Compañía expulsada de España, es decir, en una circunstancia no muy propicia para el caso, Baroja, que nunca se había significado por su simpatía hacia los que llamaba, con algún retintín, “padres ignacianos”, inesperadamente publica en un periódico de Madrid un artículo, defendiendo, a su manera, claro está, a los jesuitas, y magnificando el substrato vasco que Loyola y Javier, los dos fundadores vascos de la Compañía, aportaron a ésta

en su fase inicial. Baroja afirma que ambos santos, el guipuzcoano y el navarro, eran entre todos los compañeros de la primera hora, los más exaltados e inspirados. Señala que ya Voltaire encontraba en San Ignacio rasgos de caballero andante y que un escritor del siglo XVIII que empleaba el seudónimo de "Hércules", Rasiel de Silva, dejó establecida en un libro suyo la vinculación idiosincrásica de Loyola con Don Quijote. Paralelismo que Unamuno asumió como un dogma intangible y que le llevaría a escribir uno sus libros cimeros. Baroja, por su parte, no solamente no discrepó de esta opinión generalizada, sino que la reafirmó al decir —al escribir— que Loyola fue un Don Quijote que realizó sus sueños. Sentencia laudatoria, para mí, definitiva. Indicaba asimismo don Pío que lo que Loyola y Javier tenían en común, como vascos, era "el ímpetu fisiológico de una raza europea de capacidad natural, encerrada en un rincón del mundo".

Pero no para ahí la cosa. Cuando Houston Stewart Chamberlain, historiador y ensayista inglés nacido en Portsmouth a mediados del siglo pasado, afirma que la famosa frase de Loyola sobre la obediencia: *Perinde ac cadaver* es de procedencia vasca y no de origen ario, Baroja le sale al paso, refutando su afirmación por tendenciosa y falsa. Primeramente —puntualiza— Loyola no dijo que había que obedecer como un cadáver, sino que dijo: *Perinde ac cadaver in omnibus ubi peccatum non cerneretur*. Esto es, como un cadáver en todo aquello donde no se advierta pecado. Este frase —arguye don Pío— Loyola no la hubiera podido traducir del vasco sin emplear palabras de origen latino. No nació, pues, del vasco.

Chamberlain, arianista y hasta diría que pangermanista no obstante su oriundez, señalaba a Loyola y a Javier como los enemigos netos del arianismo y de la Reforma, como representantes de una raza prehistórica y cavernaria. Eran, pues, lógicamente, enemigos suyos.

Pero ello no le impidió manifestar su respeto y su admiración por Loyola, de quien dijo que era uno de los hombres más extraordinarios de la Historia y que su sola personalidad pudo más que todas las corporaciones y concilios con sus numerosos miembros y sus múltiples convenciones y asistencias.

Chamberlain, en su interesante estudio, puso énfasis en el hecho de que Loyola fuera un vasco. Y aclara que no sólo por nacimiento —que esto tendría una importancia muy relativa—, sino porque era un producto de la aislada y pura raza vasca —él se expresaba así, categóricamente—. Es decir, que pertenecía a una raza humana que no solamente no era indogermana, sino que tampoco tenía el menor parentesco con el grupo indoeuropeo en general. Pero nadie deduzca de su reflexión que esta presunta pureza étnica o racial conllevara un signo encomiástico o admirativo, puesto que todo lo que se alejara del arianismo o del indogermanismo —y nada más lejos que una raza "isla" e incontaminada por roces o influencias de otros pueblos— sólo representaba para él un lastre cultural y la subsiguiente degradación. De ahí el desdeñoso calificativo de prehistórica y cavernaria.

Baroja decía, por su parte, que la Compañía de Jesús fue impulsada en su iniciación por el ímpetu fisiológico vasco —las "secreciones internas" en frase gráfica de don Pío— y que después, con el tiempo, es cuando fue surgiendo en la Compañía una floración de casuístas y teólogos europeos, flamencos, alemanes, polacos,

rusos y, por supuesto, españoles también, que substituyeron el estilo escueto, heroico y férreo de la primera hora, por un espíritu más sofisticado y conceptual, dándose una floración de pensadores agudos, brillantes y sutiles. No deja de ser curioso que un mismo factor, el racial, invocado por ambos, le sirviera a uno para el ataque y al otro para la defensa.

Por lo expuesto aquí podría inferirse que la defensa de los jesuitas hecha por Baroja se circunscribió a los dos fundadores vascos y a su impulso inicial. Pero tampoco se limitó a esto. Cuando algunos escritores enemigos del jesuitismo atacaron la presunta moral laxa y probabilista atribuida a los miembros de la Compañía, dice que quienes debieron defenderles, o no se atrevieron o utilizaron argumentos seráficos y dulzones. Se achacaba a los jesuitas una inclinación a hacer desaparecer la violenta antinomia que se desprendía del Evangelio, entre el ejemplo supremo de Cristo y el mundo que nos rodea, reemplazándola por una tendencia más flexible y pragmática, posición que a don Pío le parecía razonable por realista. Pero, al margen de si su punto de vista era o no acertado, voy a transcribirles una frase textual suya de apología jesuítica, absolutamente impensable en un escritor considerado de siempre como anticlerical *enragé*, y nunca antes como simpatizante de la Compañía. Es ésta: “Se dice que la moral jesuítica está hecha a base de hipocresía; yo encuentro todo lo contrario: que hay en ella una tendencia a la probidad y a la claridad”. Más adelante refuta la atribución a los jesuitas de la máxima: “El fin justifica los medios”, diciendo que no sería difícil dar con este mismo principio en autores muy anteriores a los jesuitas y que, modernamente, los bolcheviques, los fascistas y los anarquistas, la han seguido también, sin necesidad de husmear en tratados casuísticos. En fin; hay bastantes más refutaciones en el alegato de don Pío, pero ya no queda tiempo para insistir en el tema. Sólo quería resaltar el hecho de que, una vez más y en una época ciertamente comprometida, Baroja se ponía al lado del vencido, del indefenso. En los años boyantes se hubiera encogido de hombros ante tales imputaciones, si es que alguien se hubiera atrevido a formularlas.

Y así, en mi recorrido a través de los textos barojianos, he podido constatar que, desde el puntapie a un pobre perrito, asestado por un literato exento de sensibilidad, hasta los ataques a una orden religiosa en horas bajas —y nadie vea en el cotejo segundas intenciones— la inclinación a defender al agredido, al inermé, ha sido una constante en la trayectoria de nuestro admirado *maisú*...

Y nada más, queridos amigos. Muchas gracias por la atención que habéis prestado a mis palabras. *Eskerrik asko guztioi*.